

El maestro murmuró algún conjuro ininteligible y levantó entonces el cuenco de las limosnas. Allí estaba la señora Blanco, encogida hasta medir siete u ocho pulgadas apenas, vuelta la cara al suelo, con todo el aire de un títere abandonado.

—¿Qué maldito monstruo eres —rugió el religioso— que te has atrevido a incomodar a un ser humano? Te exijo que confieses.

—Yo era una serpiente pitón blanca —contestó ella—. Durante una gran tormenta, yo y un pez verde buscamos resguardo en el Lago Occidental. Encontramos casualmente a Hsü Hsüan y me enamoré de él al grado de que no pude contenerme y quebranté las leyes de la naturaleza. Por fortuna, por mucho que haya yo hecho, no he infligido daño mortal a nadie y cuento con que vuestra reverencia me mostrará compasión.

—Los pecados de la carne —dijo el maestro— son asunto muy serio y no pueden pasarse por alto. Pero en vista del dominio propio que ejerciste durante tantos siglos, no serás aniquilada del todo. ¡Muéstrate ahora con tu auténtica forma!

La señora Blanco se convirtió al instante en una serpiente blanca, y Verdecilla en un pez verde. La serpiente blanca alzó la cabeza y miró a Hsü.

El maestro metió ambos seres en su cuenco de limosnas, tiró de un pliegue de su hábito para cubrirlo por encima y se lo llevó al templo de la Cima del Trueno. Depositó allí el cuenco y mandó a unos obreros traer piedra y ladrillos y construir una pagoda encima. Hsü

Hsüan recurrió entonces a los fieles y acopió una suma tan grande, que la pagoda se elevó siete pisos, de suerte que la serpiente blanca y el pez verde no consiguieran jamás salir de nuevo al mundo de los hombres. Luego de quedar así inmovilizadas sin remedio, el maestro pronunció la cuarteta siguiente:

Antes se desecará el Lago Occidental
que caiga la pagoda de la Cima del Trueno.
Antes cesará de crecer el río
que la Serpiente Blanca retorne al mundo.

Cuando el maestro hubo recitado estos versos, los presentes saludaron con respeto y se dispersaron. Pero Hsü deseaba con ardor tomar las órdenes. Escogió por instructor al maestro del Océano de la Ley y al fin fue tonsurado y ordenado al pie de la pagoda. Vivió piadosamente muchos años, hasta que una noche murió de pronto, sin enfermedad. Los sacerdotes trajeron una urna, lo cremaron y colocaron las cenizas bajo un túmulo de piedras, frente a la pagoda.

La mayoría de los portentos no merecen ser narrados. Pero fue un portento el que hizo famosa la Cima del Trueno entre las maravillas del Lago Occidental. De suerte que quienes admiren la pagoda de la Cima del Trueno desearán por fuerza conocer la extraña historia de su origen.

La vida (a)leve

EL ESTADO INTERMEDIO

Cuando un ser humano muere y va a reencarnar como ser humano... cuando el momento de su muerte se aproxima, ve estos signos: ve una gran montaña rocosa que se alza amenazante frente a él como una sombra. Piensa para sí mismo: "la montaña podría caerme encima", y hace un gesto con la mano como si quisiera detener esa montaña. Sus hermanos y sus parientes y sus vecinos lo ven hacer esto; pero para ellos es como si solamente estuviera alzando su mano en el aire. Ahora la montaña parece estar hecha de tela blanca y él trepa por esa tela. Entonces parece estar hecha de tela roja. Finalmente, conforme el momento de su muerte se acerca ve una luz resplandeciente, y, no acostumbrado a él, en el momento de su muerte está perplejo y confundido. Ve to-

da suerte de cosas como las que se ven en los sueños, porque su mente está confundida. Ve a su padre y a su madre (futuras) haciendo el amor, y al verlos un pensamiento cruza su mente, una perversión (viparyāsa) aparece en él. Si va a renacer como hombre, se ve a sí mismo haciendo el amor con su madre y obstaculizado por su padre; y si va a renacer como mujer, se ve a sí misma haciendo el amor con su padre y obstaculizada por su madre. Es en ese momento cuando la Existencia Intermedia es destruida y la vida y la conciencia surgen y la causalidad comienza una vez más a trabajar. Es como la impresión hecha por un molde; el molde se destruye entonces, pero el modelo ha sido impreso.

Del capítulo XXXIV del
Saddharma-smṛtyupasthāna Sūtra.
Traducido al chino hacia 542 A.C.